

La importancia del consenso latinoamericano *

Schenkel, Peter

Peter Schenkel: Economista, ILDIS Quito-Ecuador.

Una mirada retrospectiva demuestra que 1973 ha sido un año agitado para el nacionalismo latinoamericano. Al fortalecimiento de sus posiciones durante la primera mitad del año - fueron puntos culminantes especialmente las conferencias realizadas en Panamá y Quito - siguió durante la segunda mitad un sensible endurecimiento de la oposición contra sus impulsos más dinámicos, debido a los cambios ocurridos en la relación de fuerzas políticas. Tal evolución podría interpretarse en el sentido de que el consenso latinoamericano hubiera experimentado un revés importante en el año pasado. Pero, a la luz de los acontecimientos reales, tal modo de ver no puede ser compartido plenamente.

El año 1973 ha sido para los países latinoamericanos un año de intensa búsqueda de un lenguaje común para problemas idénticos. Esa búsqueda recorre como un hilo rojo las deliberaciones y discusiones de todos los foros regionales, y es en ella, más que en los éxitos efectivamente logrados, que se pone de manifiesto el creciente espíritu de solidaridad.

De cualquier manera no faltaron los progresos concretos. A pesar de considerables diferencias ideológicas y políticas y de la existencia de tensiones, los países latinoamericanos han alcanzado un acercamiento mutuo en muchos problemas esenciales. Según quedara de manifiesto especialmente en la conferencia de los cancilleres en Bogotá, dichos países han logrado ponerse de acuerdo sobre una línea común en cuanto al reordenamiento de las relaciones de América Latina con los EE.UU., e indirectamente, con el mundo industrializado en general. Esta actuación unitaria, por precario que sea todavía su fundamento, constituye seguramente un avance esencial en comparación con años anteriores.

¿Cuáles son los principales factores y tendencias que favorecen el consenso continental? En primer término, la unidad geográfica y geopolítica de América Latina, la historia y cultura comunes, sobre todo de los países de habla hispana, que se

simbolizara en la visión de Simón Bolívar de un continente fuerte, política y económicamente unido. A ello se agregan un mismo grado de desarrollo aproximadamente, el convencimiento de la rivalidad hacia afuera, configurada sobre todo en la confrontación con los EE.UU., la fe en una identidad propia y, sobre todo, la conciencia de que América Latina pertenece al Tercer Mundo y que su suerte depende en grado decisivo de si se presenta frente a los bloques económicos dominantes como una unidad o como un continente debilitado por contradicciones internas y desunido. Pero últimamente el consenso recibió un poderoso impulso también por otro motivo.

Desde que la reciente crisis petrolera puso de manifiesto las posibilidades de los países en desarrollo, productores de energía, de utilizar sus entregas para imponer intereses políticos y económicos, la correlación internacional de fuerzas se ha modificado considerablemente. El ejemplo árabe ya ha hecho escuela en América Latina que forma parte de los poseedores de materias primas y productores de alimentos básicos más importantes del mundo ¹. Políticos latinoamericanos de relieve, tales como, p. ej., el Presidente de Venezuela, Carlos A. Pérez, ya han sacado las consecuencias lógicas, amenazando con poner en práctica medidas parecidas para imponer las reivindicaciones latinoamericanas frente a los EE.UU. y a los Estados industriales en general ². La posición negociadora de los países favorecidos en cuanto a materias primas, de esa región y la de América Latina en su totalidad, ha experimentado un fortalecimiento substancial por tal circunstancia. La perspectiva de poder obtener de los países industriales concesiones importantes, está actuando ahora como fuerza unificadora adicional; a ello se agrega que en vista de los aumentos ya producidos en los precios de las importaciones y de los que aún cabe esperar en el futuro, aquellos países de la región que se hallan en posición desventajosa en lo que a riquezas naturales se refiere, dependen en mayor grado aún que antes de ventajas a otorgar por parte de los países exportadores de materias primas, o de concesiones que se puedan arrancar a los países industriales ³.

Entre los promotores más enérgicos del consenso latinoamericano se cuentan en el subcontinente los regímenes políticos que se declaran partidarios de movimientos reformistas y que a raíz de sus reivindicaciones de independencia y de la realiza-

¹Tienen importancia mundial sobre todo el petróleo, el cobre, el estaño, el níquel, harina de pescado, azúcar y café, pero también carne, cereales y bananas.

²Carlos A. Pérez declaró: "Utilizaremos el petróleo como instrumento de la política internacional de los países del Pacto Andino y de los países de América Latina en general, a fin de que se nos conceda en el comercio internacional el lugar que nos corresponde". El Mercurio, 22 de febrero de 1974. Criterios parecidos se expresaron, asimismo, en la conferencia acerca del tema "Sistema de Preferencias Generalizadas", organizada por el IILA, que tuviera lugar del 3 al 7 de marzo de 1974 con la participación de delegados de 20 países latinoamericanos y de la CEE en Punta del Este, Uruguay.

ción de una política de desarrollo auténticamente nacional están sintiendo agudamente en carne propia el conflicto con las estructuras y normas vigentes en el orden hemisférico e internacional. El papel prominente que han desempeñado bajo ese aspecto países como la Argentina, Chile (antes del golpe de Estado) y Perú, pero, entre otros, también Méjico y Panamá, demuestra que integran esa categoría sobre todo regímenes populistas, nasceristas y marxistas, pero también nacionalistas-desarrollistas que cuentan con el apoyo de los obreros, los intelectuales, pero también parte de las capas burguesas patriotas.

En el subcontinente intervienen también, no obstante, factores que contrarían la consolidación del consenso. Un papel importante en tal sentido es desempeñado por las fuerzas ultraconservadoras que ejercen el poder en muchos países y que ven automáticamente una amenaza para sus sistemas de gobierno en cualquier reforma del orden hemisférico que sea propiciada por regímenes progresistas. Sistemas políticos basados en condiciones feudales, como p. ej. Los del Paraguay y de algunos países centroamericanos por una parte, y por otra dictaduras que se caracterizan por un nacionalismo restaurador como, p. ej., el de Chile, entorpecen forzosamente la unificación de intereses económicos y políticos convergentes en el continente.

Otro factor opositor poderoso son los consorcios multinacionales. Aunque a ese respecto parece insinuarse paulatinamente un cambio - según quedara de manifiesto por el reciente acuerdo entre el Perú y los EE.UU. -, la mayoría de esos consorcios ocupa una posición hostil frente a muchas reclamaciones de América Latina de carácter decisivo, como p. ej. Las relativas a la reglamentación de las inversiones extranjeras, e intentan en algunos casos obstaculizarlas con el apoyo de los gobiernos propios.

En el aspecto geopolítico pesan especialmente la dependencia notoria de los Estados Unidos de muchos pequeños y débiles Estados latinoamericanos, pero también la relativamente reducida conciencia continental del Brasil. La formación regular de bloques con los EE.UU. en el primer caso, y la tendencia hegemónica regional del Brasil, en el segundo, vista con preocupación sobre todo por la Argentina, Perú y Venezuela, son elementos que tornan difícil que se llegue a un común denominador.

³Venezuela ya manifestó su intención de transformar al BID en un banco latinoamericano con ayuda de sus ingresos adicionales provenientes de las exportaciones de petróleo, y prometió, asimismo, abastecer de petróleo en condiciones favorables a países como, p. ej., Costa Rica.

La búsqueda de puntos de vista que sean compartidos por la mayoría de los Estados latinoamericanos, está expuesta, por lo tanto, a profundos conflictos de intereses, en virtud de los cuales, clases, países y grupos de países chocan continuamente entre sí, y donde se enfrentan el deseo de cambios y el del mantenimiento del status quo.

Surge la interrogante acerca de qué puntos, después de todo, América Latina está o puede llegar a estar, de acuerdo.

Parece haber coincidencia en primer término acerca de dos premisas centrales: Primero, la de que no existe una auténtica identidad de intereses entre América Latina y el mundo desarrollado, y segundo, la de que el orden hemisférico existente y las relaciones con los países industriales favorecen, por lo general, el mantenimiento de relaciones de dependencia que están en pugna con las reivindicaciones de los países latinoamericanos de obtener plena igualdad de derechos y una vinculación adecuada con los países industriales ⁴.

Aunque existen diferentes tonos y matices de esas dos premisas, las pretensiones hegemónicas de los EE.UU. y su concepto de subordinar el subcontinente a los intereses de su estrategia global, y los intentos efectuados por los Estados industriales de dictar las relaciones económicas con el Tercer Mundo, encuentran el rechazo general. La exigencia de que sea creado un sistema continental liberado de la tutela norteamericana, con personalidad y voz propia, y de que sean revisadas las relaciones con el mundo desarrollado, encuentran, por lo menos en su forma general, el apoyo de casi todos los países latinoamericanos.

Frente a complejos de problemas específicos, sin embargo, los diversos países adoptan puntos de vista mucho más diferenciados. Existe unidad absoluta solamente acerca de las reclamaciones de precios justos y estables para las materias primas, concesión de preferencias adecuadas en las importaciones, reconocimiento del límite de 200 millas para las aguas territoriales, mayor asistencia para el desarrollo, una presencia más destacada de América Latina en las negociaciones del GATT, y reforma del sistema monetario internacional, así como creación de una Carta sobre derechos y obligaciones económicas de los Estados, entre otros conceptos. No existe, en cambio, coincidencia fundamental acerca de problemas tan espinosos como, p. ej., el tratamiento de las empresas multinacionales, las inversiones extranjeras y la transferencia tecnológica.

⁴Una formulación particularmente clara de esta tesis figura en la "Evaluación de Quito".

La reclamación de que fueran reformados la OEA y el TIAR ciertamente es apoyada - por lo menos en declaraciones - por casi todos los países de la región, pero subsisten grandes divergencias de opinión acerca del carácter y el alcance de las reformas. Mientras que la mayoría de los países propicia, entre otras cosas, la supresión de represalias económicas tales como la "enmienda Hickenlooper", una mayor latinoamericanización de los órganos de la OEA y también un nuevo enfoque del principio de la "seguridad nacional" y el pluralismo político, otros aspectos, tales como p. ej. La bipartición propuesta de la OEA, la transformación del TIAR en un instrumento que se oriente en mayor grado hacia la política de desarrollo, y sobre todo, la readmisión de Cuba, siguen siendo todavía objeto de intensa controversia.

Los países industriales y especialmente los EE.UU. encaran y en parte siguen encarrando todavía esas tesis con gran reserva. En general, pero particularmente cuando dichas tesis afectan intereses estratégicos o económicos fundamentales del mundo desarrollado, se las tilda de excesos de un chauvinismo utópico, ideológicamente aderezado, y contraproducente. Se condena en forma global especialmente a la política de nacionalizaciones y de restricciones con respecto a empresas multinacionales e inversiones extranjeras, medidas éstas que han sido objeto de experimentación en muchos países latinoamericanos después de Cuba. Pero incluso los deseos expuestos por América Latina en lo relativo a mejores precios para las materias primas, preferencias de importación y mayor ayuda financiera, hallan un ambiente poco propicio en la mayoría de los países industriales, respondiéndoseles hasta hace poco principalmente con promesas.

La oposición practicada por los EE.UU. contra el consenso latinoamericano y especialmente contra el reclamo de reestructuración del sistema interamericano se debe, ciertamente, en lo fundamental a consideraciones políticas de poder. Tales exigencias amenazan en parte realmente esferas de intereses y prerrogativas en el hemisferio, consideradas vitales por los EE.UU. durante largo tiempo. Washington teme, pues, y no totalmente sin fundamento, que al hacer concesiones cada vez mayores con relación, entre otras cosas, a Cuba, el Canal de Panamá, las empresas multinacionales y el sistema de defensa continental, podría correr el riesgo de perder su influencia dominante sobre la OEA y el TIAR, sin recibir la contrapartida correspondiente. Su resistencia tenaz contra propuestas de reformas profundas, presentadas, entre otros, por el anterior régimen chileno, adquiere plausibilidad incontestable en vista del temor de que se abuse del consenso latinoamericano, empleándolo como vehículo para un derrotero anti-estadounidense agresivo.

En la época más reciente, sin embargo, parece haberse producido cierto cambio en la política tradicional de los EE.UU. frente a América Latina. Desde que Henry Kissinger fuera nombrado Ministro de Relaciones Exteriores de ese país, la actitud dura frente al consenso latinoamericano ha sido reemplazada por una línea más flexible. El "nuevo diálogo", por él propuesto, subraya la disposición de los Estados Unidos a dar por finiquitadas las relaciones pasadas con el subcontinente y, en vista de la nueva constelación de poder en el mundo, buscar un nuevo comienzo con los países latinoamericanos. Un indicio de esa nueva actitud más conciliatoria puede, tal vez, verse en el convenio de principios sobre el Canal de Panamá, concertado en febrero de 1974, en el cual los EE.UU. moderaron sensiblemente sus pretensiones. Lo mismo puede decirse en parte del convenio con el Perú sobre indemnización por concepto de expropiación de empresas estadounidenses, que sintomáticamente fuera suscrito poco antes de la iniciación de la conferencia de Tlatelolco, si bien el Perú había recorrido más de la mitad del camino que separaba las posiciones para conformar a los EE.UU. y posibilitar de esa manera la conclusión del acuerdo ⁵.

También en América Latina parece haber ganado terreno finalmente la convicción de que el nacionalismo trae pocos beneficios al subcontinente, cuando es usado como instrumento de una tendencia de enfrentamiento, de miras estrechas. Incluso en países, en los cuales el antiimperialismo desempeña un papel que trasciende lo meramente propagandístico, parece haberse adoptado entretanto una posición más pragmática en la política práctica. Tal posición ha de estar basada en la idea de que no sólo es necesaria y deseable una cooperación efectiva y duradera y un mejoramiento de las relaciones con el mundo desarrollado, sobre todo los EE.UU., sino que este objetivo puede lograrse tan sólo en base a confianza mutua e intereses comunes, pero no en contra de los países industriales.

Como ejemplos en tal sentido pueden citarse, además de la política conciliatoria sobre indemnizaciones, adoptada por el Perú, la atenuación del proyecto de ley sobre inversiones extranjeras por el Congreso peronista, así como la aceptación por parte de Panamá, de una solución transaccional acerca del Canal y de la Zona del Canal ⁶. Otro indicio en tal sentido era que en la conferencia de los cancilleres en Bogotá, en noviembre de 1973, no se hablara de excluir a los EE.UU. de la OEA, ni se mencionara la tesis - que en la época de Allende era honorable - de la nacionalización

⁵El acuerdo fue concluido el 19 de febrero de 1974 y prevé el pago por parte del Perú, de un total de 150 millones de dólares por concepto de indemnización por la nacionalización de 12 empresas estadounidenses. El Mercurio, 20. 2. 1974.

⁶Perú nacionalizó en 1968 a la Internacional Petroleum Company, pero en los años siguientes otorgó derechos de perforación y exploración a diversos consorcios estadounidenses.

sin pago de indemnización. América Latina parece haber sacado algunas enseñanzas de la experiencia de Chile.

¿Señala esta evolución reciente en la actitud tanto de América Latina como de los EE.UU., un verdadero acercamiento mutuo? Sería prematuro dar una respuesta definitiva a esa pregunta. De la conferencia de los cancilleres latinoamericanos con Henry Kissinger, realizada en febrero de 1974 en Méjico, tal vez puedan extraerse algunas conclusiones instructivas al respecto.

A pesar de los objetivos elevados anunciados de que se estaba iniciando un "nuevo diálogo" que imprimiría un nuevo rumbo a la historia, la conferencia fue forzosamente un reflejo de las constelaciones de intereses muy intrincadas y contradictorias, de los dos interlocutores principales, América Latina y los EE.UU.

Por un lado quedó patente en ella que la unidad latinoamericana, a pesar de todo, constituye todavía una ficción en más de un aspecto. Dejando de lado las divergencias de opiniones - que hicieron perder un tiempo valioso - acerca de las reglas de procedimiento, los 24 países del subcontinente que estaban presentes, no pudieron durante la primera rueda de negociaciones en la que participaban exclusivamente latinoamericanos, ponerse de acuerdo sobre una línea latinoamericana unitaria frente a los temas que eran objeto de discusión. Opiniones divergentes sobre el problema subyacente "Cuba", el control de las empresas multinacionales, la reforma de la OEA y del TIAR a que se aspiraba, las fórmulas tendientes a la solución de situaciones conflictivas con los EE.UU. y las concesiones políticas y económicas que se pretendía obtener de ese país, echaron desde el principio sus sombras sobre las deliberaciones y menoscabaron de manera decisiva la posición negociadora de América Latina en la segunda rueda con Kissinger ⁷. Hubo que dejar a él, por lo tanto, la iniciativa de exponer el nuevo concepto de los EE.UU. - Los cancilleres latinoamericanos se contentaron con expresar sus puntos de vista a posteriori y con celebrar conversaciones bilaterales con el superministro de Nixon.

Por otra parte quedó patente en la conferencia que Washington, a diferencia de sus iniciativas diplomáticas en otras partes del mundo, no mostraba prisa frente a América Latina y sólo estaba dispuesto a concesiones limitadas. Kissinger ratificó ciertamente el principio de no intervención y el derecho de los Estados latinoamericanos a elegir los sistemas políticos y económicos de su preferencia. También pro-

⁷Los países latinoamericanos rechazaron el concepto empleado por Kissinger en su mensaje de salutación, de una "comunidad interamericana duradera", considerándolo un intento de resurrección del cadáver de la Unión Panamericana, e impusieron la eliminación del término "comunidad de intereses" del proyecto de la declaración final. La Tercera, 24 de febrero de 1974.

puso para dirigir conflictos, p. ej. con las empresas multinacionales, la creación de nuevos mecanismos, prometiendo apoyar la elaboración de una Carta acerca de los derechos y obligaciones económicas de los Estados, así como una mayor participación de América Latina en las grandes deliberaciones económicas internacionales. Dejó entrever, además, la posibilidad de un eventual levantamiento de la "enmienda Hickenlooper", una política de transferencia tecnológica más liberal y preferencias arancelarias para productos de procedencia latinoamericana. Pero fue imposible inducirlo a ir más allá.

Las armoniosas fórmulas de la "Declaración de Tlatelolco", sin embargo, no pueden ocultar el hecho de que existen diferencias fundamentales que no fueron resueltas en la Conferencia. No se llegó a un acuerdo, sobre todo, acerca de la identidad de intereses con los EE.UU., negada sistemáticamente por América Latina ⁸. Tampoco se logró ningún avance con relación a los problemas neurálgicos de las empresas multinacionales y las inversiones extranjeras, ni en el enfoque acerca de la reforma del sistema interamericano y del aumento de la asistencia al desarrollo por parte de los EE.UU. - Igualmente quedó sin resolver el enojoso problema de "Cuba", a discutir sobre el cual Kissinger se negó obstinadamente, a pesar de que un importante grupo de Estados latinoamericanos había llegado a un consenso acerca de la inclusión del tema en el orden del día ⁹. Quedó excluido de las deliberaciones, finalmente, el explosivo problema energético el cual, sin embargo, pesaba opresivamente sobre la conferencia, y no en último término a causa de la actitud inequívoca del Ministro de Relaciones Exteriores venezolano, Aristides Calvani, quien no disimulaba en absoluto la intención de su país, de utilizar el petróleo como arma en favor de las reivindicaciones latinoamericanas ¹⁰.

Seguramente sería desacertado, por lo tanto, sobreestimar la importancia de la Conferencia de Tlatelolco. Al no disponer de un respaldo con respecto a la conducta futura de los países latinoamericanos en el problema energético y de materias primas - de enorme importancia para los EE.UU. - Kissinger eludió hábilmente el delicado problema de Cuba, difirió la discusión de las cuestiones de las empresas multinacionales y de las inversiones extranjeras - de importancia decisiva para América Latina - y ofreció por lo demás tan sólo promesas y manifestaciones de

⁸Los países latinoamericanos rechazaron el concepto empleado por Kissinger en su mensaje de salutación, de una "comunidad interamericana duradera", considerándolo un intento de resurrección del cadáver de la Unión Panamericana, e impusieron la eliminación del término "comunidad de intereses" del proyecto de la declaración final. La Tercera, 24 de febrero de 1974.

⁹Aparte de la Argentina, Jamaica, Méjico, Panamá y Perú, esta vez también Costa Rica, Colombia y Venezuela se pronunciaron en favor de la discusión del problema cubano.

¹⁰A. Calvani declaró: "Estamos en el umbral del derribo de la esclavitud en el orden internacional. Es esto lo que tanto inquieta a las naciones ricas". El Nacional, Caracas, 18. 2. 1974.

comprensión que no involucraban ningún compromiso. Por otra parte, la actitud contradictoria de los países latinoamericanos reflejaba su inseguridad y, en alguna medida, quizás también su preocupación acerca del problema de reavivar el diálogo y de formular el reordenamiento de las relaciones con los EE.UU. - deseado por ellos mismos - en el marco de la presente situación económica internacional, inestable y explosiva en alto grado. Mientras que por un lado se brindaba a los EE.UU. ramos de olivo en forma de retrocesos en cuanto a reclamos radicales, por otra parte Venezuela en primer término, pero en cierto modo todos los países latinoamericanos que poseen materias primas, se reservaban el derecho de coquetear con sus recursos naturales como medio de presión.

Hay que valorar como signo positivo de esa conferencia el que no sólo Kissinger, sino también los países latinoamericanos hayan reconocido expresamente la "interdependencia" como tendencia fundamental de las relaciones interamericanas. Lo mismo es válido con respecto a la resolución unánime de continuar el diálogo iniciado en Tlatelolco, con el objetivo de llegar a acuerdos básicos¹¹.

Si es lícito extraer una conclusión general de esta conferencia importante, posiblemente lo sea el reconocimiento del hecho de que el reordenamiento de las relaciones entre América Latina y los EE.UU. (y también con los países de la CEE) no puede resolverse en una rueda única de conversaciones, sino que sólo puede ser el fruto de un largo proceso jalonado de negociaciones trabajosas y de modestos éxitos parciales logrados paso a paso, que exige de ambas partes mucha comprensión, paciencia y disposición de transigir. El Ministro de Relaciones Exteriores Kissinger así lo dio a entender, al recordar a sus colegas latinoamericanos en Tlatelolco el refrán español: "Caminante, no hay camino; se abre camino al andar".

Visto desde tal perspectiva, el nacionalismo latinoamericano adquiere, asimismo, una dimensión totalmente diferente y se hace casi inevitable cuestionar una óptica que trata de ver en él solamente una protesta moral a nivel continental o bien una fuente de peligros para los Estados industriales.

Cualquiera sea el rumbo que tome en adelante la evolución política en el continente, la nueva conciencia continental es la expresión de la búsqueda de puntos de vista comunes y de pautas de conducta uniformes y, por lo tanto, de un proceso histórico que hoy más aceleradamente que nunca está siendo impulsado por resortes de la revolución técnica, social y anticolonialista. El consenso latinoamericano desem-

¹¹En la declaración final se establece la continuación del diálogo a través de "deliberaciones consultivas" periódicas. La primera de esas deliberaciones ha de tener lugar en Atlanta en abril de 1974.

peña también, por lo tanto, una importante función catalítica, tanto para la impulsión del proceso de integración en el subcontinente como para su ensambladura adecuada con la economía mundial.

Con respecto a la aspiración de crear un nuevo orden global sobre la base de un equilibrio político y económico más estable en el mundo, el consenso latinoamericano responde también a los propios intereses de los principales Estados industriales. De las fuerzas que los sustentan depende fundamentalmente si sus relaciones con el subcontinente se regirán por egoísmo descarnado y antagonismos insalvables o por pragmatismo, miras amplias y reciprocidad de intereses. Tanto los EE.UU. como los países de la Comunidad Europea sin duda sólo pueden estar interesados, por tal motivo, en una evolución rápida y lo más armónica posible de la integración económica latinoamericana, y en una participación de largo alcance y equitativa de América Latina en la economía mundial como proveedora de materias primas, pero también como socio en pie de igualdad en los mercados de capitales y los de bienes de consumo ¹². En tal concepto no encuadra una América Latina balcanizada, agresiva por frustración, y desunida. El cultivo de nuevos chauvinismos locales y una política sutil basada en el "divide et impera" ya no caben ante las condiciones actualmente existentes. En vista de las dimensiones de los grandes problemas monetarios, comerciales y financieros internacionales que están pendientes de solución, y de la conciencia creciente de que hay que encontrar soluciones globales que tiendan a reducir el desnivel entre naciones ricas y pobres, el "diálogo continental" constituye un requisito importante para el logro de progresos reales.

En base a lo expuesto tal vez se comprenda más fácilmente que las perspectivas de América Latina de fortalecer la afirmación de su individualidad y de mejorar sus posiciones frente a los Estados industriales, sean juzgadas en la actualidad incluso y especialmente por observadores latinoamericanos, a una luz más favorable que en el pasado. La amenaza de la escasez de materias primas, pronosticada desde hace tiempo por el "Club de Roma" también ha significado un fortalecimiento de la posición negociadora del subcontinente, transformando a éste en un factor de poder de importancia estratégica, al que incluso los centros industriales tendrán que tener en cuenta cada vez más. Por tal motivo no es totalmente infundada la esperanza de que a través de la continuación del "nuevo diálogo" se puedan hallar medidas que tal vez allanen el camino hacia acuerdos relevantes y que inicien una nueva era en las relaciones entre América Latina y los Estados industriales. Es por

¹²Comp. el discurso pronunciado por el presidente del Banco Mundial, Robert S. McNamara en la Asamblea General del Fondo Monetario Internacional en septiembre de 1973 en Nairobi.

eso que probablemente les sea difícil a las fuerzas disociativas en el subcontinente impedir la ampliación y consolidación paulatinas del consenso continental en importantes áreas específicas y detener una tendencia que acerca a América Latina lentamente, pero paso a paso, al sueño de Simón Bolívar. Sin perjuicio de todas las aspiraciones centrífugas y de influencias externas perturbadoras, en esta evolución se manifiestan el interés superpuesto y la posibilidad real de América Latina de alcanzar su plena madurez por la vía del compromiso y de un tenaz trabajo en pequeño.

Un diálogo muy significativo de índole parecida entre América Latina y la Comunidad Europea tuvo lugar a iniciativa del IILA (Instituto Italo-Latinoamericano) a principios de marzo de 1974 en Punta del Este, Uruguay. Este instituto italiano actúa como enlace entre la CEE y América Latina.

* Capítulo tercero de "Nacionalismo Latinoamericano: Perfil de la búsqueda continental en pos de unidad y cambio".

Referencias

*Anónimo, EL MERCURIO-PRENSA. 22-02 - 1974;

*Anónimo, EL MERCURIO-PRENSA. 20-02 - 1974;

*Anónimo, EL NACIONAL-PRENSA. 18-02 - 1974;

*Anónimo, LA TERCERA-PRENSA. 24-02 - 1974;